

DIRECCION Y REDACCION
Uruguay, 1262 casi esq. Vl.
APARECE LOS SABADOS
Bajo el Patronato del Consejo Superior
de los Círculos Católicos de Obreros
del Uruguay
ADMINISTRADOR:
Arnaldo Pedro Parrabére

EL AMIGO

DEL OBRERO Y DEL ORDEN SOCIAL

CRISTO VIVE, REINA E IMPERA

Montevideo, sábado 28 de Marzo de 1931

AÑO XXXIII — (PORTE PAGADO)

Núm. 2743

Como término de esta vida que tanto amamos y pase al gran misterio para los que dudan y a una existencia interminable para los creyentes, es la muerte el hecho soberano que se impone al valor y a la cobardía. Por grande que esto sea, por fuerte que sea el pavor que despierte su presencia, no hay quien vuelva la cabezota cuando se anuncia su proximidad.

Este interés parece aumentar en ocasiones con la grandeza de los que mueren y con la seguridad inmediata de su derrumbamiento. Si sólo esto basta para suspender la atención de las gentes en circunstancias de ejecución de pena capital, aunque el reo sea desconocido de todos, ¿hasta dónde no llegarán la ansiedad pública cuando es la víctima una figura ilustre de la historia?

Un condenado a muerte que pasa al lado, camino del suplicio, excita el máximo interés sólo porque ese des-



Institución de la Eucaristía

graciado va a morir, porque nos va a abandonar para entrar en la región inexplorada del más allá, de la que no se vuelve. Y si el que avanza pálido con la mirada asombrada ante lo que ya vislumbra es un héroe, y un héroe unido a nosotros por vínculos de amor y gratitud, ¿qué no sentiremos al posar nuestros ojos sobre ese rostro que por última vez acaricia la luz del sol con exceso de suavidad que por lo mismo nos parece cruel?

Por esto que se insinúa, no hay en la historia de la humanidad nada que pueda paragonarse con el interés que tiene para los fieles el drama del Calvario. Porque ese joven herido en todo el cuerpo, que llevando consigo el instrumento del suplicio, cruza por las calles de Jerusalén excitando la risa cruel de los desalmados, el temor de los niños, la piadosa curiosidad de las mujeres y el gozo egoista de los enamorados que saborean su dicha a la sombra del dolor que pasa, es no sólo el héroe aclamado días atrás por Jerusalén como honor de su nación, sino el Redentor del mundo, Hijo de Dios, en nada inferior al Padre Eterno, que sofocó en sí todo gozo y esplendor de gloria para sufrir por mí, para ser escarnecido por mí y para sufrir por mí entre dos malhechores al lugar del sacrificio. ¡El, que es la alegría eterna

Morir cuesta mucho siempre. Dar, sin embargo, un adiós a lo que nos rodea cuando todo se conjura para nuestra aflicción, cuando el frío atenaza las carnes, el cielo se derrumba plombeo sobre las montañas, el mar, negro como el cielo, parece una fosa inmensa, y sobre tierra, cielo y mar silba estertores de agonía el vendaval, entonces, no extraña tanto el morir, porque no habla de otra cosa la naturaleza. Pero morir en plena orgía de vida, cuando el insecto a la puerta de su pequeña caverna y la tórtola en la concavidad de la roca y el cor-



La hora dolorosa de San Pedro

derillo cabrioleando en el prado, cantan con la brisa, que se harta de jugar con las flores, el himno de resurrección; morir cuando todo se presenta embriagado de vida, vale por una doble muerte.

En estas circunstancias, más aún, en circunstancias de incomparable mayor lozanía y encanto de vivir, sube por la áspera cuesta del Calvario el Hijo del Hombre. Le asistía la plenitud de la juventud, y, sobre todo, la plenitud de la divinidad; Divinidad que a sí mismo se denominó ante Moisés, la Vida, y nada más que la Vida, al revelarle que era "lo que es".

Arriba le esperan ya los verdugos. Llegó la hora de la inmolación, que hunde en la miseria de su pavor a los débiles y que en los fuertes pone desdichados, como los de esos mundos que al deshacerse inundan los espacios con el resplandor inmenso de su explosión. Llegó la hora, y el Hijo de Dios, obedeciendo a las crueles órdenes de los sayones, se deja desnudar, para cubrirse inmediatamente con el carmín de su sangre que brota de las llagas abiertas sin piedad al arrancarle los vestidos. Y se tiende sobre el leño. Gruesos y afilados clavos ponen sobre las palmas de sus manos y las atraviesan, rompiendo músculos, venas y huesos a fuerza de martilla-

zos. Y hacen lo mismo con los pies, para levantar a él con la Cruz, suspenderle sobre el agujero preparado en el suelo y dejarle caer en él. ¡Qué fácil es decir esto!; mas, ¡qué océano de dolor no se encierran ahí en breves palabras!

Jesucristo, colgado de cuatro clavos en el árbol de la Cruz, es todo para nosotros. Fe, fe y fuerza para cumplirla. Credo, Mandamiento, Sacramento,

todo es para nosotros el Crucifijo. Mas a pesar del inmenso dolor que el Crucifijo representa, no hay en los cielos y en la tierra gozo como el que nos anuncia; no hay gozo como el que a mí, cual si fuera el objeto único de la redención, me revela ese Crucifijo. El me recuerda cómo me amó Dios; hasta qué extremo me amó Dios. Hasta la ignominia de la Cruz; hasta la locura de la Cruz.

El que agoniza en el patíbulo es Dios. Lo declararon sus milagros, su vida, su doctrina; lo confirma su pasión y agonía. Y toda la naturaleza. Espléndido es el día. Luce radiante el sol en un firmamento azul. "Pero comienza de pronto" — dice Orsini — a apagarse por grados, y su resplandor desfalleciente baña con luz extraña el estéril paisaje, tan apropiado al crimen que se realiza en él. A cada momento se espesan las tinieblas; cae el rocío; las águilas vuelven, lanzando agudos gritos, a sus asilos nocturnos; auilan los chacales en la orilla del Cedrón, y el Calvario, tan triste

ya por sí, toma el aspecto de un gran catafalco negro de mármol. Arriba empiezan a aparecer las estrellas como antorchas funerales, derramando sobre Jerusalén y el Calvario una claridad verdusca que hace enmudecer, atemorizadas, a las gentes".

En ese silencio formidable, el silencio del Universo atónito ante la agonía de su Creador, Jesucristo padecer por mí cuanto un Dios Hombre puede padecer. Tormentos y burlas,

dolor y vergüenza, acoso y desamparo, soledad y compañía para su mayor sufrimiento y de su Madre, la Virgen Inmaculada, y del Discípulo amado con María Magdalena y María Salomé, que viéndole sumido en tribulaciones inmensas nada pueden hacer para su salvación ni para su alivio. ¡Qué cama para luchar con las supremas angustias de la partida! Pendiente de unos clavos, descansando en sus propias llagas de las manos cuando quiere atenuar los padecimientos de los pies; descansando en sus propias llagas de los pies cuando quiere acudir a sus manos. ¡Descansar en sus llagas! Ese es su reposo. Cosido de pies y manos a un madero, desnudo, exhausto de sangre, abrasado de sed, cercado por los dolores de la muerte, que una crueldad satánica ha exacerbado hasta el frenesi, insultado en la agonía, esos pa-



La muerte de Jesús

decimientos físicos — no nos cansemos de recordarlo — no son los mayores que padece el Corazón de nuestro adorable Redentor. Porque amándome hasta ahí, hasta sufrir así la última pena en un patíbulo sólo por mi felicidad, veía entonces con sus divinos ojos esta ingratitud mía, que cuando no le ofendió bosteza distraído a los pies de la Cruz, mientras la sangre de un Dios que muere por mí enrojeció mi frente y los juguetes que llevó en las manos. ¿Quién podrá medir la pena de esta Augusta Victimaria al ver la inutilidad de su acerbísimo sacrificio para la inmensa mayoría de los hombres, que desestimándola se iban a perder para siempre? ¿Quién entenderá su aflicción observando cómo desprecia el hombre en su ruindad la gracia que a costa de tanto sufrir nos ganó?

En su inmenso dolor, el Crucifijo representa inmenso gozo para nosotros. Todo lo que tiene de penoso para Jesús, todo eso, tiene para nosotros de placentero y confortador. En la inmensidad de los dolores sufridos por el Hijo de Dios en la Cruz, tengo yo la medida justa de lo que valgo, a pesar de mi miseria, a los ojos de la Sabiduría infinita; porque su Bondad quiso sufrir por mí todos esos dolores, y quiso estar por mí tres horas en la



Triunfante, después de su muerte

ADMINISTRACION:
Uruguay, 1262 casi esq. Vl.
Tel. La Uruguay 1651 (Cordero)
SUSCRIPCION ADELANTADA

Mensual	8.00
Anual	3.00
Repúblicas americanas y España, anual oro	3.60
Europa, anualidad oro	4.70

Cruz, y quiso morir en la Cruz por mí.

No se entiende que sin caer en las tinieblas de la locura se pueda mencionar la Cruz, ni que el simbolo adorable de nuestra Madre la Iglesia pueda infundir en los espíritus sentimientos de tristeza y aflicción. Porque la Cruz en que padeció y murió por cada uno de nosotros el Omnipotente, nos dice a todos y a cada uno de nosotros que, a juicio de Dios, no valemos menos que su Sangre, de precio infinito.

Vosotros los que sufriéis el desamparo de los que os deben lo que son, si tenéis fe y un crucifijo, dejad de llorar! Vosotros los que os scufts atribuidos por la pérdida de seres que eran — indebidamente — vuestra razón de existencia, si tenéis fe y un crucifijo, dejad de llorar! Vosotros los que un día y otro advertís que se desgarra vuestro ser, rendido

Banco Popular del Uruguay

CAPITAL \$ 3.000.000.00
FUND. EN JULIO DE 1902 RESERVAS \$ 533.614.52 28 AÑOS DE EXISTENCIA

Acerda préstamos a pagar por mensualidades en condiciones ventajosas. Efectúa cobranza de alquileres, mediante el pago de una pequeña comisión. Administra terrenos vendidos a plazo, etc., y toda clase de operaciones bancarias. Recibe depósitos en Cajas de Ahorros y Alcancías hasta tres mil pesos.

ABONANDO EL INTERES ANUAL DEL 6 %

Directorio: Presidente, Francisco E. Graffigna; Vicepresidente, Dr. Pedro Ricci; Secretario, Julio C. Roselli; Vocales, Antonio Raffo, Arturo G. Strauch, Dr. Carlos M. A. Percovich; Director-gerente: Carlos Zaffaroni.

CASA CENTRAL:
25 de Mayo 402, esq. Zabala

AGENCIAS GOES:
Avda. Gral. Flores 2381-2383

PERDON

Hay en el término de la Redención un episodio que irradia gozo celestial, gozo inmenso, en aquella cumbre sanguinaria del Calvario que entre tinieblas y dolores nos deparó a los hombres, una dicha divina. Si la sangre, la agonía, el desamparo, la desnudez y la muerte de Dios, hecho Hombre, nos valen una inmortalidad feliz, por lo cual no se dió en el tiempo dí para nosotros más alegre que aquél en que fuimos rescatados por la inmolación de Jesucristo, nuestro Salvador, pudiéramos por nuestra misericordia temer que la obra preparada por la infinita bondad para nuestro bien se resolviera en estrago mayor nuestro y ruina definitiva.

Así como la liberalidad del Creador, que concentró en los ángeles tesoros incomprensibles de eficiencia, de poder, de belleza y vida, vino a parar en agravación imponerable de la tragedia final, porque la ingratitud lo emponzoñó todo, de igual modo la inmensa caridad de Dios, que llegó a expirar en un patibulo por el hombre, habla de ser casi siempre motivo de mayor desolación, ya que la ruindad de los hombres, despreciable el valor del Gran Sacrificio, agrava las responsabilidades de la caída de Adán.

Parce que los que creen en estos misterios insondables de la redención y justificación de su linaje habían de mantenerse fieles a los ordenamientos de su fe. ¿Cómo no guardarlos cuando sabemos todos que están dictados para nuestro bien y, sobre todo, cuando el que los impuso nos dió cuanto tenemos y luego rescató lo que perdimos con humillaciones y sufrimientos inefables? Si somos de Dios por la creación, por la redención y porque El nos conserva instante por instante la vida, y sabemos que nuestro Bienhechor único merece por su suprema excelencia, por su infinita exaltación, como principio y fin de todo lo existente, nuestro amor, sin reservas ni distracción, ¿cómo no rendirle el testimonio inequívoco de amor cumpliendo su Voluntad, su Ley, sus Mandamientos?

Muy bien está todo esto en la región ideal de la lógica, lógica que de continuo se quebra en la dura realidad en que nos movemos. Cielos y tierra inducen al espíritu a servir a Dios, pero cuando los ojos ven arriba y abajo viene empujando a la rebeldía. Y cedemos a la seducción de lo mundano. Por esto caemos, ingratos, en la ignominia de pisotear una, diez, mil veces la Sangre redentora, cada una de cuyas gotas vale más, incomparablemente más que el universo porque encierra la inmensidad de Dios.

Nuestros pecados personales malgran en nosotros el fruto de la Pasión del Señor. Y agravan así lo inefable nuestra responsabilidad. Recemos esa Sangre adorada, ¿cómo presenciar el declinar del sol de cada día, que nos

aproxima al tremendo del juicio y fa-
re inapelable? ¿Cómo no estremecernos cada vez que llega a nuestra reti-
na la figura augusta de la Cruz que,
con la Bondad del Creador, nos re-
cuerda la insondable ruindad del que
era a su sombra, a la sombra de la
misericordia infinita?

Por esto, sólo por esto, no nos es-
tamos desesperar, ni temer, ni entrise-
cercernos. Mas por ella podemos mirar
con ojos radiantes de gozo a esa Cruz,
a pesar del infinito contraste entre el
Salvador, que con fuerza infinita
quiero elevarnos, y nuestro desgano,
casi vencedor del Omnipotente, que
tiene al abismo. Habla la Cruz de
imitado, seguramente se viera como
él, en la gloria. ¡Prodigo, incompara-
ble!

¿Cómo podrá el hombre entender
el misterio de la bondad de Dios?
¿Cómo alcanzará a entender que se
pueda olvidar una serie interminable
de crímenes por un instante de ar-
repentimiento cuando el pecado de
acisión no es posible? Son cosas de Dios
estas. Por ello no lo comprenderá
nunca la pobre inteligencia del hom-
bre, y sobre todo, no la podrá com-
prender su corazón mezquino.

Lo declara El mismo desde la Cruz.
A su lado están clavados dos mal-
hechores. No se cansan de agraviar al
Señor. No pueden ofenderle más que
con sus lenguas y con ellas se asocian
a los verdugos para escarnecer aquel
Corazón anegado en un mar de dolores.
Así van a acabar una larga vida
de crímenes. Acaso no consagraron a
su Dios media hora en sus treinta o
cuarenta años de excesos. Mas cuando
el pecado definitiva su ruina, los abismos
negros de la conciencia de uno de
los dos ladrones es surcada por un
rayo de luz. Y a su resplandor ve
su miseria y lo que vale infinitamente
más, descubre en su compañero de
sufriente, fragua, y el pobre falsificador
encarecido. Era honrado, fué
siempre diligente en su labor. No tie-
ne hasta entonces una casa. El amor
a los suyos, la pobreza de los suyos,
el hambre de sus pequeños, el ansia
de duras unas horas de dicha en aque-
llas días de Navidad, en que todos los
niños de su vecindad gozaban tanto,
le cegó por un instante. Y allá se en-
cuentra el pobre, recluido por varios
años en una cárcel, apartado de sus
hijos abandonados. Si a ese desgraciado,
que no puede devolver lo hurtado
porque nadie tiene, y que con
devolverlo tampoco habrá de salvar
su situación, le fuera dado recobrar
la libertad y el crédito con arrepentimien-
to de lo hecho! ¡Si al que asesinó a
un amigo o envenenó a cien para go-
zar de sus bienes, o al que dió muerte
a su rey, desencadenando sobre su
pueblo los horrores de la revolución;
si Robespierre, si a Lenine, si al
mayor malhechor de la tierra le fuer-
a dar borrar toda su vida de iniqui-
dades con una lágrima sincera, con un
dolor cordial de lo hecho!

Pero nosotros podemos todo eso y
podemos aún más, pues con una lá-
grima, con un instante de contrición,
alemanos no sólo el perdón de todas
las iniquidades cometidas, sino tam-
bién por el valor de los merecimientos
de nuestro divino Redentor, que se
nos comunica con el dolor, alcanza-
mos todo lo que para nosotros gan-
gan

un Dios hecho Hombre, y muerto en
una Cruz.

Pide el Señor nuestra colaboración
para salvarnos; cierto. Pero nosotros
nadie podemos por nosotros mismos,
sin que el socorro de lo alto se nos
adelante y nos siga y acabe en nos-
otros su obra. Nosotros, abandonan-
do sólo puede pecar ya por deseo o
por pensamiento, se vuelve a Jesús
reconociéndole como a su Dios y se
acoge a su bondad.

Este es la justicia de Dios, de la
que pretenden luir. Por un instante
de adhesión casi obligada, una
eternidad feliz al que malgastó sus
años de prueba en la disolución. La
confesión de la divinidad del Re-
denter bastó para su triunfo. Si su
desgraciado compañero le hubiera
imitado, seguramente se viera como
él, en la gloria. ¡Prodigo, incompara-
ble!

Comulgá, sí, comulgá a menudo
con fe, con humildad, con amor.
Tienes penas? confíaslas a El...

Yed a ese anciano cubierto de cir-
menes. Va a respirar. Ya no puede
pelear ni con las manos ni con la len-
guía. Se le ha retirado la vida al fondo
del espíritu. Ha vivido ochenta
años ofendiendo a su Creador. Las
luces de ultratumba empiezan a cla-
rear en lo más elevado de su ser. Des-
amparado de cuanto le queda, se ve
como es: miseria, nada. Pero si en
esos instantes supremos, movido por la
fe, alza sobre su cabeza esa miseria,
esa nada, y la levanta humilde a
el divino Cordero, y se entiendan y
afligan de lo que cada uno padecía,
y tal fué todo lo que allí pasaba, que
puedo decir seguramente, que por
mucho, y por más que se alcance y
sean aquellos dolores, no es pos-
ible llegar al grado que tuvieron, y
ninguno los puede entender del todo.

Recelaba verle respirar, y sentía
durársen todos los tormentos, que
sabía no se habían de acabar sino con
la muerte. Deseaba que el Padre
Eterno ablandase el rigor de los
tormentos que el Hijo padecía, y
conformábase con lo que El ordena-
ba. Veíase la Oveja sacratísima y
se instaló en este banquete del cual
espera cosas grandes. El corazón del
Maestro está lleno de vibraciones y
es un corazón melodioso y todo con-
tacto con un nuevo acercamiento que
ace resonar en él la eterna ternura.
La habitual gravedad de sus razo-
namientos no permitía a Jesús des-
ahogarse así. La obra era sobrado
apremiante. Ahora va a morir, y la
innumeridad de su muerte, la proxi-
midad de la separación reclaman
efusiones sin reservas; siente nece-
sidad de manifestarse totalmente, y
la oleada de pensamientos y de tier-
pos afectos que llenan su alma bus-
can por donde salir. "Ardientemente
me deseado comer esta pascua con
vosotros". Para él es la pascua pos-
terior; es también para su pueblo,
la última pascua legal. Mañana el
judaísmo será herejía; hoy, todavía,
es un anuncio.

Jesús se siente ya muerto, y quiere
establecer la conmemoración de su
partida; Jesús se siente ya vivo
de su vida perdurable, y distribuye
los frutos de esta vida a la humani-
dad. Mientras centellea en el te-
cho la lámpara de su última vispera

Tomamos aquella página sublime
sostiene dentro de sí por espacio de
los Libros Santos, donde se re-
cordaba el prodigo del Jueves Santo.
Página admirable, impregnada de
los santos discípulos, hasta que el
Señor tuvo por bien esforzarse
para que la acompañase hasta la
muerte; y volviéndose a despedir
los ríos de lágrimas de sus purísimos
ojos, comenzó nuevo martirio de los
dolores con la vista y compaña de
su Hijo crucificado. Abriendo lugar
a los apóstoles para prepararlos al solemne acto
y luego tomando en sus benditas
manos el pan y el vino, lo bendice
y repartiéndoselo: "Tomad y comed" les dice: "este es mi cuerpo".

En la escena sublime que repre-
senta el misterio de la Anunciación
comienza, según esto, la cooperación
eficaz de María en la grande
obra de la Redención del género hu-
mano.

A partir de aquella sublime es-
cena, María no hizo otra cosa en el
mundo sino cooperar a aquella Re-
dención. Como Jesucristo redimió
a la humanidad, no sólo con sus dolores
y sus penas, sino con sus palabras,
con sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituyó
Madre del Redentor, cooperó a aquella Redención, no sólo con sus dolores
que la han merecido el título de Reina de los mártires
sino, también con sus palabras, con
sus obras, con sus súplicas y suspi-
rios, María, desde que se constituy

**Compañía Nacional del Carruajes
DE MIRAMONTE**

Av. 18 DE JULIO 1664 (Plaza Artola)
Pompas Fúnebres, Carruajes y Automóviles
Casa que dispone del más completo y mejor servicio del ramo.

ANEXO SERVICIO FUNEBRE AUTOMOVIL
Servicio oficial del Círculo Católico de Obreros



EX CECILIO DE LA FERRETERIA
"LA LLAVE"
Se encarga de toda clase de trabajos en hierro y en bronce.
Armar Cajas de Seguridad.
Fabricas llaves en 5 minutos.
SE ARREGLAN ARMAS Y
MAQUINAS DE COSER.

CALLE COLONIA, 877
Tel. URUGUAYA, 4029 Central
MONTEVIDEO

ÓPTICA-FOTOGRAFÍA

Lo mejor
y más
moderno



Economía
en
los precios

HEIDER & FORNIO 1427-Ituzalng-1427

JUDAS ISCARIOTE

La más repulsiva figura que aparece, sin duda, en el admirable cuadro de la Pasión de nuestro Redentor Divino, y de los sucesos con la misma reaccionados es la de Judas Iscariote, el discípulo traidor, el réprobo apóstol, el único, que se perdió entre los hombres por Jesús escogidos.

Por una excepción mareadamente singular y espantosamente providencial, con respecto a este desventurado, sólo él era judío entre los demás. Anónito que eran todos galileos. El adagio y proverbio popular en aquellos países: — Los galileos aman el honor y los jódicos del dinero, se realizó personalmente en este infeliz que desde luego fui el encargado de administrar las colecciones u oblacones de las gentes que seguían al Salvador y sus discípulos, y que servían para sus más precisas necesidades; y de este cargo, que sin duda aceptó muy satisfecho por inclinación natural de su carácter, pasó al fin a negociar en la más grande escala vendiendo su Divino Maestro a sus irreconciliables enemigos por treinta sicos o monedas de este valor en plata.

Y en la tierra habrá angustias en las gentes por confusión del estrépito del mar y de las olas... "Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra, y entonces verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y gloria y majestad". "Y enviará a sus ángeles con gran clamor de trompetas, y ellos congregarán a los escogidos de él de los cuatro vientos de la tierra, desde un extremo del horizonte hasta el opuesto".

"Y cuando esto comience a realizarse, alzad vuestros ojos y levantad

vuestros frentes, porque se acerca la venida del Hijo del hombre..." "Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre..." "Y tan repentina será la venida, que no tendrán muchos tiempo de prepararse y justificarse de sus pecados, sino que serán sorprendidos..." "Atendid, pues, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo ni a qué hora va a venir vuestro Señor".

"Mirad por vosotros, que no, estás cargados vuestros corazones de glibontería ni embriaguez, ni de los cuidados de esta vida, y se os eche encima de repente aquel día..."

"Empero, acerca de qué día y hora nadie sabe nada, ni aún los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino el Padre sólo..."

"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán..."

Después de tan terribles predicciones, Jesús se levantó, y continuó su camino, acompañado de sus discípulos, que, asustados, le seguían en silencio.

Jesús iba a entregar a sabiendas en manos del pueblo maldito.

Poco después de esta sublime escena, sonaba en el reloj de la Provincia la hora solemne de la Redención.

Dr. Francisco Montaña.

Es opinión generalmente admitida, que el apellido o sobrenombre de Iscariote que llevaba y le distingüía de su compañero de Apostolado, San Judas Tadeo, provenía del lugar de su nacimiento, o sea la aldea de Kariost, sita en los confines del Mar Muerto, agrupación de miserables

viviendas, cuyo nombre en el idioma hebreo abraza varios sinistros significados, porque Iscariote (el hombre de Kariost), quiere decir, "el hombre del dinero, el hombre de la usura, el hombre del crimen, el traidor": así, en todas las circunstancias y antecedentes de este hombre desdichado, encontramos una especie de profecía acerca de su carácter, de su crimen y de su trágico fin. Y, sin embargo, nuestro Salvador adorable escogió a Iscariote, como escogió a Saulo, perseguidor de la Iglesia, para ser vaso de elección y difundir su nombre por todo el universo y proclamarle ante los Reyes, Príncipes y pueblo de Israel, según expresó el texto sagrado: le dotó de gracias y carismas extraordinarios y especiales, pero sin quitarle su libertad, que es la que constituye el mérito o desmerito en las acciones humanas; y Judas, abusando de esa libertad, que no es libertad cuando corre desatendida hacia el mal, desoyendo los auxilios e inspiraciones de la gracia, se precipitó en el abismo de su pasión depravada, llegando a desesperar, después de su crimen, de lo infinito de la piedad divina, crimen mayor que todos los que pudo haber cometido el hombre, y mayor, por consecuencia, en él, que el de haber vendido al Hijo de Dios y entregádole a sus verdugos por medio de la hipocresía de un beso. Terrible enseñanza y hecho nefando y personaje verdaderamente fatídico, pero que se retratará sin cesar en las miserias humanas hasta la consumación de los siglos! por

que, al final, se veía el plato delante de su madre y la fidelísima sirvienta... 1 Se subió a la cama. Cuando el Padre Castaños pasó por delante de su camarilla en una de sus últimas rondas antes de dedicarse al descanso, le vió plácidamente arrodillado sobre el lecho, con los ojos cerrados y las manos juntas, rezando sus oraciones nocturnas, aquella plegaria ingénue y candorosa que tantas veces rezó a viva fuerza, muerto de cansancio y de sueño, rendido de sus vándalicas correrías por el término municipal de Marrati. Y sin embargo, ¡cómo sintió la necesidad de rezar en esta primera noche de soledad en aquél gran dormitorio del colegio!

—No te diré si te vela el plato delante de tu madre y a la fidelísima sirvienta... 1 Se subió a la cama. Cuando el Padre Castaños pasó por delante de su camarilla en una de sus últimas rondas antes de dedicarse al descanso, le vió plácidamente arrodillado sobre el lecho, con los ojos cerrados y las manos juntas, rezando sus oraciones nocturnas, aquella plegaria ingénue y candorosa que tantas veces rezó a viva fuerza, muerto de cansancio y de sueño, rendido de sus vándalicas correrías por el término municipal de Marrati. Y sin embargo, ¡cómo sintió la necesidad de rezar en esta primera noche de soledad en aquél gran dormitorio del colegio!

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de nadá y te querí mucho. Mucho (añadió con la mirada un poco desviada), tal vez porque también me has hecho sufrir mucho durante este rato.

—Que Dios Nuestro Señor te bendiga hija mío — murmuró acercándose con su fina mano la preciosa cabecita del heredero de los Collalbo, bien asentada sobre sus firmes hombros de niño robusto. — Yo no me acuerdo ya de

EL AMIGO

DEL OBRERO Y DEL ORDEN SOCIAL

CRISTO VIVE, REINA E IMPERA

Montevideo, sábado 28 de Marzo de 1931

AÑO XXXIII — (PORTE PAGADO) Núm. 2743.

Curso Escolar de 1931

Textos y útiles escolares.

El mayor surtido y los mejores precios.

Ventas al por mayor y al detalle.

Librería LA POPULAR

de Mosca Hnos.

Av. 18 de Julio, 1574 — Montevideo

Asociación "Amigos del Jardín"

Acta de constitución del primer Comité Ejecutivo

En la ciudad de Montevideo, a los once días del mes de Febrero de mil novecientos treinta y uno, se reunieron en la terraza del Restaurant del Parque Rodó, los miembros que integran el Comité Ejecutivo de la Asociación "Amigos del Jardín", designados en la Asamblea General del 7 del corriente, señores Arnaldo Pedro Parrabére, Leopoldo Miguel, Walérico M. Larghi, Gesué Fogliani y Ernesto P. Mendi.

También asistió el Director de Paseos Arquitecto Juan A. Scasso.

A las 19 se declaró abierto el acto.

Se dió lectura al acta de la Asamblea del 7 de Febrero, la que fué aprobada sin observación.

De conformidad con lo establecido por los Estatutos en su artículo 18 se procedió, por votación secreta, a la distribución de cargos, con el resultado que se consagra en actas.

El Primer Comité Ejecutivo de la Asociación "Amigos del Jardín", por tres años, estará constituido en la siguiente forma:

Presidente: señor Arnaldo Pedro Parrabére; Vice Presidente: señor Leopoldo Miguel; Secretario: señor Walérico M. Larghi; Tesorero: señor Gesué Fogliani; Bibliotecario: señor Ernesto P. Mendi..

El Presidente electo deja constancia de su reconocimiento por al distinción de que acaba de ser objeto y espera realizar la labor en un ambiente de sana y leal fraternidad, acompañado de tan buenos asociados y confía en que, con el concurso del elemento femenino, podrá desarrollarse el plan de acción que determinan los Estatutos.

Por su parte, el Director de Paseos Arquitecto D. Juan A. Scasso, presentó sus felicitaciones al Comité Ejecutivo, al cual auguró muchos éxitos y se cambiaron opiniones acerca de la acción que se iniciará brevemente.

La sede de la Asociación será la Dirección de Paseos, Cañino Reyes 1179.

Se acordó realizar una visita, en corporación, a las distintas dependencia del Prado, la que comenzará por la Rosaleda.

Se presentarán los Estatutos al Gobierno solicitando Personería jurídica de lo que se encargará el señor Presidente.

Por moción del señor Walérico M. Larghi, se determinó mandar una nota de felicitación a las personas que fueron premiadas en el Concurso de Jardines del Centenario, organizado por la Dirección de Paseos y bajo el patrocinio del Concejo Departamental.

Queda autorizada la Mesa para mandar confeccionar las circulares de propaganda para la incorporación de nuevos asociados y de un impreso que establezca la finalidad de la Asociación.

Tratados otros asuntos de carácter interno, se levantó la sesión a la hora 20, acordándose celebrar la próxima reunión en cuanto el Poder Ejecutivo haya aprobado los Estatutos y otorgado la Personería Jurídica a la Asociación "Amigos del Jardín".

Ieida, fué aprobada y firmada la presente acta. (Siguen las firmas).

La lucha contra el cáncer

Quienes salieron ganando

Muchas personas se han curado del cáncer. Son las que consultaron a sus respectivos médicos desde la aparición de los primeros síntomas. Propague esta buena nueva por todas partes. Salvará, una vida humana y se lo agradecerá la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer.

Colabore con nosotros..

Para cooperar en todas las formas posibles al mayor desenvolvimiento y eficacia de la acción social que debe desarrollar el Instituto de Radio-

logia, que es Centro de Estudio y Lucha Contra el Cáncer, ha sido creada la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer. Si usted es patriota, colabore con dicha entidad, tanto moral como, materialmente.

Tres cosas inconvenientes

La alimentación demasiado rápida, la masticación insuficiente y las comidas irregulares causan el cáncer del esófago, fatigan el estómago, lo irritan y tienden a hacer degenerar en cáncer las lesiones benignas que pueda haber allí. Se lo advierte la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el cáncer.

El premio de la salvación

"El descuido del cáncer trae la sentencia de muerte; el cuidado, el premio de la salvación". Divulgue esta verdad entre todos aquellos que están enfermos de ese mal y no creen en su posible cura. Ello será una de las formas más sencillas con que usted puede colaborar en la patriótica obra que realiza la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer.

\$ 7.500.000 anuales de pérdidas

Las 1.500 personas que en el año 1929 murieron de cáncer en nuestro país, representan un valor material de \$ 7.500.000 (siete millones y medio de pesos). Para evitar que la Nación siga sufriendo tan ingente pérdida en vidas humanas, pérdidas que año tras año van aumentando, la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer realiza tan inten-

Enrique José Mochó

ABOGADO

SARANDI, 444

¿Ud. sabe a quien lo debo?



sa campaña educadora en la prensa

damente avanzado, restando toda posibilidad de curación. La Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer le recuerda ahora y siempre que los descuidos pueden ser fatales. Si sospecha estar enfermo, hágase ver inmediatamente por un médico.

que contra el dolor demasiado vivo, almas indiferentes y frívolas que como plantas de pedregal resistían todos los clímax morales sin inmutarse lo más mínimo. ¿Cómo era posible que pese a los principios igualitarios de la pedagogía del colegio, fuesen medidas aquello diferentes individuos por el mismo rasero? Podrían ser moldeados todos en el molde de la Compañía, aplicarse a todos el mismo reglamento, el mismo sistema de educación, los mismos preceptos generales de estímulo y penalidad, pero en su trato particular con cada alumno, el Inspector (más directamente encargado de la formación moral de los chicos que los profesores cuyo cometido es puramente intelectivo) forzosamente había de emplear normas distintas según la categoría de cada niño.

El chico nuevo no le había llamado la atención lo más mínimo. ¿Doloraba? ¿No quería comer...? Era el pan nuestro de cada día. Ya se consolaría poco a poco. A los niños no habla que maromas demasiado porque cuanto más les insistía para consolarlos dándoles ánimos, más hacían ellos el regañín. Era preferible atenderles convenientemente como la caridad y la humanidad ordenan y dejarles luego un poquito entregados a sí mismos para que aprendiesen a vivir conociendo los golpes y las contras de la existencia. Así se forman el carácter y la voluntad.

El Padre Sáez, no era observador, ni sentía predilección por los análisis psicológicos como el Padre Castaños; de serlo hubiese notado la lucecita trágica que abrillantaba las foscas pupilas del marquesito de Collalbo y hubiese estado quizás de acuerdo con la teoría de su colega que sostiene que a todos los niños no se les podía tratar de igual manera, pese al espíritu de fraternidad y de igualdad de que estaba impregnado el reglamento del colegio. Había almas exquisitas que, tan niñas, avaloraban ya los más delicados matizos, almas comprensivas que sufrían y amaban intensamente, que paladeaban el bien y la belleza con suavísima deleitación, almas predestinadas, almas escogidas por Dios para escalar las cumbres de la santidad. Y había espíritus vulgares cuya coraza de grosero materialismo, quizá atávico, les ponía a ciertos codazos de todo sentimiento delicado, de toda impresión estética o piadosa. Espíritus igualmente acorazados contra las aficiones inten-

21

ya del don de la percepción clara. Porque entre todos aquellos muchachos que oían la misa en la capilla de los colegiales, había tantos espíritus frívolos sobre los cuales resbalaban las delicadezas más exquisitas, las más quinta esencianas impresiones, sin dejar la más mínima huella, seres rutinarios que pasaban por las manos de los escultores de almas sin que, a pesar de todo el empeño de artistas maravillosos de la virtud que es don de privilegio en esos educadores de las juventudes, lograsen los discípulos de San Ignacio plasmar en sus almas el sello de su obra de catequistas del bien, de la moral y de la piedad. Saldrian del colegio formados intelectualmente; pero no conservarían para toda su vida como un perfume, el hábito de todas las virtudes que sus espíritus vulgares no pudieron comprender, ni amar, ni aquilatar. En el molde entraban todos, pero eran pocos los que, animados de buen espíritu y mejor voluntad, cooperaban a la labor educativa de sus maestros. Gracias que aun no hablases mal de ellos al salir al mundo y les calumniasen villanamente, vengándose así de la disciplina escolar a que vivieron sometidos por expreso y libre consentimiento de sus, familias. ¡Es tan frecuente el caso...!

Al terminar la misa y arrodillarse el Padre Prefecto a hacer su acción de gracias en la soledad de la capilla de los internos, escondida como joya de precio en el lugar más silencioso del soberbio edificio y no muy alejada del mágico rincón de Lourdes, pensó perplejo si convendría o no dejar que Gonzalito viese otra vez a su madre antes de que ésta se fuese definitivamente de Orihuela. En vista de la actitud desesperada del muchacho, era de temer otro espectáculo como el de la vispera y aquella explosión de rebeldía, de ira y de pesar, en nada favorecia al chico eu-yo sistema nervioso estaba resistiendo una tensión increíble, ni a la madre que debía estar destrozada. Si de todos mo-

dios la decisión de la marquesa era irreversible ¿a qué provocar otra escena difícil entre madre e hijo? ¿No sería mejor que se alejara sin renovar la herida abierta de la desesperación en aquella alma infantil dotada de una tan fina sensibilidad? ¿No sería más cariñoso evitar al pequeño este nuevo dolor?

El Padre Prefecto que también se recuerda de los violentos instantes del día anterior, pareció acoger con simpatía esta idea. La madre se alejaría sin decir adiós otra vez al hijo y éste se iría calmando poquito a poco, cuando se calmaban todos los niños nuevos al contacto del gran sedante del tiempo. Pero, a la vez, el corazón del Padre Benavente, que era un corazón tierno y afectuoso, protestó energicamente. ¿Y no era cruel que aquella pobre madre se llevase a su casa, a más del dolor de separarse de su hijo, la visión atormentante del pequeño desesperado, en loca rebeldía, tal como le dejó el día primero, tal como le vió por última vez al cerrarse la puerta del vestíbulo? ¿No era duro dejarla alejarse sin el consuelo de besar por vez postrema a su hijito y secar sus abundantes lágrimas, unas lágrimas resignadas ya, que no dejarían en los labios de ella, al secarlas con sus besos de despedida, el sabor amargo de la desesperación del niño? El Padre Prefecto, inquieto e indeciso, pidió consejo a Jesús, el Divino Maestro, que entendía de todas estas misteriosas vacilaciones de las almas y sabía inspirar acertadas providencias. Y esperando que en el momento oportuno, Jesús dictase a su corazón las palabras justas y le indicase el camino a seguir, se levantó más calmado del comulgatorio para ir a cumplir sus cotidianas y nada fáciles obligaciones.

Entretanto Gonzalito, embutido en su bata de uniforme que a duras penas podía abotonarse por llevar debajo el abrigo, se sentaba de nuevo ante la mesa del comedor enviando a Garrigós que engullía a dos carrillos su panecillo, su tazón de chocolate y un vaso de café con leche.

Gonzalito no tocó su desayuno. Tenía como un nudo en el garganta que le impedía tragar, y un dolor de estómago muy grande con propensión al vómito. En vano el Inspector le instó a que se bebiese la leche por lo menos; se empeñó en no abrir la boca y allí se estuvo con la mirada vaga y sombría perdida en la distancia de la tierra natal, haciendo un esfuerzo de memoria y de imaginación para retener el cuadro de hogar que su fantasía evocaba: la mesita coquetona y pequeña en el gabinete de mamá, el fuego encendido en la chimenea, el tazón de café con leche y las tostadas de manteca de vaca, la doncellita amable y risueña que le andaba la servilleta y le partía diligente las tostadas en tiras largas para mejor hundirlas en el tazón, el perro lobo con las orejas enhiestas, fija su mirada inteligente y atenta en el cabo de las tostadas, obsequio que indefectiblemente le hacia su amigo; el Mineto mandando en demanda siquiera de una minúscula sopita. Y a través de los cristales de las altas ventanas, el trajín incansante de caballerías y de carros, el paso de los coches automóviles de "La Alcoyana" atestados de viajeros y la huerta y el sol y el peñasco... y el mar azul, allá en el infinito...

Gonzalito miró al frente y solamente vió el muro encalado del inmenso reectorio lleno de chicos que con muy buen apetito despachaban sus succulentos desayunos, el lienzo de asuntos monásticos destacándose sobre el blanco de la pared zocalada de ricos ladrillos rameados, el púlpito de madera para el lector y el ir y venir reposado y vigilante de los Inspectores con sus bonetes llenos de picos. Le pareció todo feo, triste y desolador bajo aquellas altas naves abovedadas como el techo de una capilla. Con un nuevo escalofrío se encogió dentro de su gabán. Si hubiera asistido el Padre Castaños al reectorio, tal vez con sus buenas palabras hubiese conseguido hacerle tomar a Gonzalito siquiera medio vaso de leche, pero estaba en su lugar el segundo Inspector, un vasco alto, grueso, parco de pa-

sas que contra el dolor demasiado vivo, almas indiferentes y frívolas que como plantas de pedregal resistían todos los clímax morales sin inmutarse lo más mínimo. ¿Cómo era posible que pese a los principios igualitarios de la pedagogía del colegio, fuesen medidas aquello diferentes individuos por el mismo rasero? Podrían ser moldeados todos en el molde de la Compañía, aplicarse a todos el mismo reglamento, el mismo sistema de educación, los mismos preceptos generales de estímulo y penalidad, pero en su trato particular con cada alumno, el Inspector (más directamente encargado de la formación moral de los chicos que los profesores cuyo cometido es puramente intelectivo) forzosamente había de emplear normas distintas según la categoría de cada niño.

El chico nuevo no le había llamado la atención lo más mínimo. ¿Doloraba? ¿No quería comer...? Era el pan nuestro de cada día. Ya se consolaría poco a poco. A los niños no habla que maromas demasiado porque cuanto más les insistía para consolarlos dándoles ánimos, más hacían ellos el regañín. Era preferible atenderles convenientemente como la caridad y la humanidad ordenan y dejarles luego un poquito entregados a sí mismos para que aprendiesen a vivir conociendo los golpes y las contras de la existencia. Así se forman el carácter y la voluntad.

El Padre Sáez, no era observador, ni sentía predilección por los análisis psicológicos como el Padre Castaños; de serlo hubiese notado la lucecita trágica que abrillantaba las foscas pupilas del marquesito de Collalbo y hubiese estado quizás de acuerdo con la teoría de su colega que sostiene que a todos los niños no se les podía tratar de igual manera, pese al espíritu de fraternidad y de igualdad de que estaba impregnado el reglamento del colegio. Había almas exquisitas que, tan niñas, avaloraban ya los más delicados matizos, almas comprensivas que sufrían y amaban intensamente, que paladeaban el bien y la belleza con suavísima deleitación, almas predestinadas, almas escogidas por Dios para escalar las cumbres de la santidad. Y había espíritus vulgares cuya coraza de grosero materialismo, quizá atávico, les ponía a ciertos codazos de todo sentimiento delicado, de toda impresión estética o piadosa. Espíritus igualmente acorazados contra las aficiones inten-

sas que contra el dolor demasiado vivo, almas indiferentes y frívolas que como plantas de pedregal resistían todos los clímax morales sin inmutarse lo más mínimo. ¿Cómo era posible que pese a los principios igualitarios de la pedagogía del colegio, fuesen medidas aquello diferentes individuos por el mismo rasero? Podrían ser moldeados todos en el molde de la Compañía, aplicarse a todos el mismo reglamento, el mismo sistema de educación, los mismos preceptos generales de estímulo y penalidad, pero en su trato particular con cada alumno, el Inspector (más directamente encargado de la formación moral de los chicos que los profesores cuyo cometido es puramente intelectivo) forzosamente había de emplear normas distintas según la categoría de cada niño.

El chico nuevo no le había llamado la atención lo más mínimo. ¿Doloraba? ¿No quería comer...? Era el pan nuestro de cada día. Ya se consolaría poco a poco. A los niños no habla que maromas demasiado porque cuanto más les insistía para consolarlos dándoles ánimos, más hacían ellos el regañín. Era preferible atenderles convenientemente como la caridad y la humanidad ordenan y dejarles luego un poquito entregados a sí mismos para que aprendiesen a vivir conociendo los golpes y las contras de la existencia. Así se forman el carácter y la voluntad.

El Padre Sáez, no era observador, ni sentía predilección por los análisis psicológicos como el Padre Castaños; de serlo hubiese notado la lucecita trágica que abrillantaba las foscas pupilas del marquesito de Collalbo y hubiese estado quizás de acuerdo con la teoría de su colega que sostiene que a todos los niños no se les podía tratar de igual manera, pese al espíritu de fraternidad y de igualdad de que estaba impregnado el reglamento del colegio. Había almas exquisitas que, tan niñas, avaloraban ya los más delicados matizos, almas comprensivas que sufrían y amaban intensamente, que paladeaban el bien y la belleza con suavísima deleitación, almas predestinadas, almas escogidas por Dios para escalar las cumbres de la santidad. Y había espíritus vulgares cuya coraza de grosero materialismo, quizá atávico, les ponía a ciertos codazos de todo sentimiento delicado, de toda impresión estética o piadosa. Espíritus igualmente acorazados contra las aficiones inten-